no valían lo que los patriotas modernos?... ¡Y aun esto, qué significa! El arte para mí es lo único absoluto. Todo lo demás, la lógica, las ciencias exactas, las teologías, los manuales de moral, los tratados de lo verdadero y de lo bueno; la filosofía que os dice: «Voy á explicar el fenómeno del pensamiento»; la razón que comenta á la Providencia... Hipótesis, amigo, hipótesis que llevan las personas á la Academia y no arrastran más que á teorías el pensamiento del hombre... El arte... Mira, te suplico, Lamperiere, que no me digas cosas como esas... porque dan rabia... En Roma...

—¡Roma!—dijo Bressoré con un tono cómico.

—¿Ha estado usted en Roma?—dijo Remonville dirigiéndose á Demailly.

—Sí—dijo Demailly.— Y he visto una ruina pequeña en una grande... M. Sauzet en el Coliseo.

—¿Quieres que te cuente mi viaje á Roma?—preguntó Bressoré.

—Te prohibo hablar de Roma, ¿has oído?—dijo Remonville con la voz crispada.— Cuando no se sabe latín...

—Pero, querido; Homero no sabía más que yo... y quizás menos.

—Eres un estúpido.

Y Remonville le volvió la espalda.

—En fin—dijo Franchemont, que murmuraba en un rincón, sin escuchar más que sus ideas,

—es preciso un gobierno, una dirección cualquiera... ¿Cuál? ¿Un gobierno amigable, gradual, constitucional? Un gobierno... Veamos... ¿cuál es su gobierno, Sr. Demailly?

—Un gobierno de corrupción—dijo Carlos,—puesto que no hay otra palabra. En distintos términos, el pensamiento de un Richelieu en las formas de un Maurepas, el más fuerte de los gobiernos, porque está basado en el conocimiento de los hombres, en lugar de estarlo en sistemas... Los Turgot construirán siempre sobre arena.

—Y tú, Bressoré—preguntó Remonville en tono burlón.— ¿En qué edificas tu gobierno?

—Muy sencillamente, sobre dos cosas: una función de fuegos artificiales dada todas las noches al pueblo y un proceso Lafarge dado todas las mañanas á las clases ilustradas.

—Yo—dijo Lamperiere—yo lo edifico sobre las ilusiones.

—Por eso, quizás, amigo, vales tú más que nosotros—dijo Franchemont dándole la mano.

XXIX

«Mi libro se abre camino, amigo Chavannes. El editor no me oculta que está satisfecho. Esto marcha. Se vende y se lee mi obra. Pienso que ahora,

ya lanzado, será la bola de nieve, hoy casi creo que los libros se venden.

»Le he hablado á usted de la sociedad en que vivo. Le he hablado de Franchemont. En su físico tiene una afectación de dandismo que se pierde en el abandono, en medio de sus elegancias tiene las más extrañas soluciones de continuidad, tiene paradas como su reloj, un reloj cuyo cristal roto está pegado con una oblea. Así es él.

»Ahora es un mozo cuya vida ha rodado por lo alto y por lo bajo, por todo; que ha corrido los azares, las mujeres, el mar, la tierra, la sociedad y todas las sociedades, lo nuevo y lo malo; un mozo que se ha unido en segundas nupcias con un gran número de países, que ha visto todo: á los ottomacos comer arcilla, á las actrices de Bobino hacerse el rojo raspando ladrillos, á Byron morir en Grecia por una ilusión; un mozo formado de las pasiones y de los naufragios, de lo caliente y de lo frío, de las islas desiertas y de las Babilonias, de los hoteles de Londres, de los tapetes verdes de Alemania, de las mesas de las fondas de París, de los barcos de flores, de las catacumbas y de los dos polos; educado por las prostitutas, los duelos, los tahures, la usura, la miseria, la guerra, la peste, la muerte, por todo. ¡Qué linterna mágica la de su vida! Pero se guarda muy mucho de mostrarla al público; no escribe más que los viajes que no ha hecho. Narra á Dumont d'Urbille, y pone el interior del Africa á la puerta de las gentes de sociedad en una revista seria, en estilo frío, con corbata blanca. Nada del hombre está allá; en cambio, se muestra de cuerpo entero en nuestras comidas del *Moulin rouge*. Un hombrecillo de pequeño bigote gris, un exterior, una apariencia de nada, como diría Bufón; pero de sus adentros, por los ojos y por la voz, surgen relámpagos que muestran su energía terrible, el temple de ese carácter elevado, mecido en la dureza:—su padre era el rudo comandante de aquella fragata que, en tiempo del Terror, estaba encargada de llevar á los ladrones y los forzados á desembarcarlos en Irlanda. Hablando y animándose es el hombre de su vida, de sus sensaciones, de sus emociones. Cambia de acento y de aspecto, se transforma, se transfigura, se multiplica, se renueva. Su fisonomía se cambia. Acierta el tono, la mirada, el gesto de los personajes y de las cosas que se empujan en sus palabras y en su recuerdo. Su existencia anhelante, jadeante, aventurera, se manifiesta y se exhala en su charla, en su verbosidad desbordada y burlona. Es una palabra brillante, cortada por cambios de tono; una elocuencia charlatana, afortunada, en donde de repente una metáfora de rufián, una imagen de caló ó una palabra del lenguaje de los pensadores

alemanes, atrae la atención. A veces una expresión, tomada á la técnica del arte, destaca la idea como un medallón griego. Y en esta palabra—un río, como la de Diderot—mil cosas van, corren y pasan. Cuadros, croquis, paisajes, perfiles, rincones de la Iliada, parecidos á esa tapicería heroica en donde jugó el hijo de Leticia al nacer; aspectos de murallas, casas, ciudades que tienen el misterio y lo dramática de esa decoración que Shakspeare muestra con una palabra: *una calle;* campos siniestros como la fosa común á donde el esclavo llevaba al esclavo en un chirrión de alquiler; el sol rojo del día siguiente á la batalla; pueblos acribillados de balas, sangrientos, desmoronados; ambulancias alrededor de los cuales merodean los ladrones... Sólo en algunos dibujos de Goya, de las guerras de España, se encuentra ese horror seco, esas líneas inexorables. Luego, á través de todo esto, animadas por humorismos, conjunto de observaciones, de siluetas sociales, de opiniones sobre las razas; una filosofía comparada del genio nacional de los pueblos.

»Tras un momento, nos sumía el alma y los ojos en una Janina, conquistada, veíamos, tocábamos, aquel enjambre de perros extendiéndose como una inundación, deslizándose entre sus piernas, corriendo á despedazar los despojos de los muertos aún calientes; cambia de lenguaje y de paleta, des-

cribe el castillo inglés, el alto monte, la caza mayor, la vida en grande, tres *toilettes* diarias y baile todas las noches, una servidumbre regia, pagada y dirigida por un señor que se llame Simpson ó Jhompson, con caudales á la Westminster, diez millones de renta ó sean treinta y cinco céntimos por segundo, ó bien esas fortunas de la City, esos hijos de comerciantes, imberbes aún, que inspeccionan en el Mediterráneo los veinte barcos de su padre, de dos mil toneladas por lo menos cada uno; «una escuadra—dice Laligant—como jamás la tuvo el Egipto» Ya conoce usted el gran semillero de caricaturas francesas, el *vaudeville* eterno, el inglés que viaja. El es inagotable para avergonzarnos respecto á eso: «¡Nosotros! ¿Nosotros?—dice con lástima:—habéis visto alguna vez en Londres un francés que no haga nada, que esté allí sólo para gastar el dinero muy tranquilo en un buen coche? El francés viaja para distraerse de una pena de amor, de una pérdida en el juego, ó para colocar artículos de Rouen... Pero allí un francés en un carricoche, un francés que no sea actor ni embajador, ni cocinero, un francés con una mujer como nuestra madre ó nuestra hermana, una mujer que no sea una muchacha alegre, ni actriz, ni costurera, no se ha visto, nunca, nunca, nunca!» Laligaut va y viene, habla de estética, coje por su cuenta á los pintores, agarra el paisaje, esa

inundación de retrátos de la naturaleza sin movimiento, coje por su cuenta á los paisajistas, aldeanos empapados en un cubo de colores, criados de granja de Poussin ó de Salvator Rosa, que buscan los tonos finos, sólidos y luminosos comprometidos como aldeanos en los salones, en la ópera, en el concierto, entre ginetes. Y siempre, después de esos entreactos, esos estudios, esas contorsiones de costumbres, el telón levantado, las historias inverosímiles, aventuras verdaderas, inauditas como las memorias históricas de un frac negro, fragmentos de existencias, entrevistas, arrancadas en los degolladeros y las últimas copas en donde se agitan como en un mar todas esas existencias fracasadas, todos esos hombres sin nombre y sin botas que no aparecen nunca á la superficie de las novelas. Se levanta, se sienta, hablando siempre. Golpea la mesa, toca el brazo de su vecino. Se levanta otra vez, se pasea, doblando á cada momento las mangas de su levita, con un movimiento nervioso, es uno de sus *tics*. Su voz vibrante, corta la palabra á uno de los nuestros, oidle:

«—Todas estas noches, todas las pasaba en aquel tugurio de *Rosa Marylane*, con la flor, de la flor, de la más soberbia canalla del globo. No sé si tenía patria ó pasado... Creo que había nacido en uno de esos países sin carácter que son una

preocupación de la Geografía... allá abajo, no sé dónde, en una de esas mesetas, entre perro y lobo, entre Alemania y Rusia, verdadero nido de aventuras; en la Bohemia, en la Croacia, ¿qué sé yo?...

»Me parece que se llamaba él mismo algo así como croata refugiado. Rápidamente sacaba de su bolsillo, y su bolsillo no sé de dónde los sacaría, unos cuantos *schelines* todas las noches, que perdía todo lo noblemente que puede perderlos una persona honrada. Habiendo perdido sus *schelines*, contemplaba los de los otros hasta la mañana... ¿Comprendéis? No sentarse ni dormir, está prohibido en esas casas; si se permitiera habría que hacerlas tan grandes como Inglaterra. El dormía. Se apoyaba á la pared, sólo en un hombro, estaba algún tiempo despierto y se dormía como una mosca y concluyeron por ponerle el mote de la mosca. Una noche, el juego se animó, alguna moneda cayó de la mesa y rodó por el suelo. Oyó que lo que rodaba iba hacia él... adelantó el pie, su pie desnudo... se le veían botas y no las tenía, como la Crimea no tenía verdaderas aldeas cuando pasaba de viaje la gran Catalina. Sus botas no tenían suela. Cogió entre los dedos del pie el soberano, era un soberano. Lo buscaron, movieron sillas, mirando por todas partes... En fin, el juego volvió á comenzar. Con la moneda pegada bajo su pie,

quedó sin moverse hasta el día siguiente, temiendo una mirada, un gesto, no atreviéndose á bajarse á recogerla. Salió y hétele al hombre por la primera vez en su vida, á las seis de la mañana con oro en el bolsillo. Anda pensando en alguna cosa desconocida, una locura, un sueño: va á acostarse, á dormir seriamente horizontalmente, á dormir en una cama ¡en una cama! Llama en la puerta de una casa de huéspedes con un aldabonazo, un aldabonazo honorable, como puede darlo un caballero que tenga la costumbre de acostarse algunas veces. Tiene una cama, tiene sábanas. Se acuesta y duerme sobre los dos hombros. A las diez le despiertan: es la criada que le pregunta si quiere almorzar con las dueñas de la casa, dos señoras ya viejas. Almuerza con las dos mujeres, agrada á las dos, se casa con una, les inculca á las dos la pasión por el juego, después de convertirlas al catolicismo, hace que le paguen estas conversiones los lores católicos—las conversiones tienen prima allá—coge su dinero, corre á Hambourg, gana doscientos mil francos, los vuelve á perder y... Hoy ¿sabéis lo que hace? Está en París, andando de taberna en taberna en la Barrera de la Estrella, organizando una gran colecta, una sociedad de juego. Diez socios en la pimavera le acompañarán á Baden, vestidos con frac negro, para vigilar su juego y comprobar los beneficios de todos.

»El vecino de mesa de Laligant presenta con él y casi con todos nosotros un contraste perfecto. Hay en él—se llama Lampiere—esa dulzura casi femenina que se encuentra únicamente en los hombres mecidos y educados por la mujer, que crecen al abrigo del corazón de una madre, y cuya infancia y juventud se forman entre cariños. Hay también en él, la dulzura de las razas del Norte, que no quita nada á la energía, pero la engalana, como dicen los rusos. Una frente alta, cabellos escasos, bigotes de un rubio de lino, tan pálidos que apenas producen una sombra en sus mejillas, una cara macilenta y larga, una mirada azul, profunda, una voz baja y penetrante, como si hablara al oído, una palabra lenta y que parece recogerse; esas son las exterioridades de esa hermosa alma joven, enamorada de la naturaleza y á quien el campo embriaga como un buen vino; de ese corazón de padre que se desborda con maternales indulgencias; de esa alma generosa, siempre presta á la abnegación, abierta á todas las esperanzas de la humanidad, que conspira con el porvenir. En el fondo, es un temperamento místico hasta lo maravilloso, y que aporta la fe de un apóstol á una religión humana que todo lo revela: las lecciones de la historia y las decepciones de la vida. No tiene fortuna y vive de artículos de fondo que comienzan casi siempre por esta ó parecida frase:

El cabotage necesita protección... y él es el primero en reirse. Se consuela edificando en su cabeza un gran libro que no escribirá nunca.

»Lamperiere ha profundizado las ciencias y ha obtenido la creencia en vez de encontrar la duda, y una de sus particularidades en la manera de hablar, es sacar de sus estudios y de sus ejemplos una riqueza de comparaciones, una poesía y una elevación de parábolas, algo bíblico del estilo de Bernardino de Saint-Pierre. ¿Qué más sugestivo que esta escena que nos contaba antes de ayer? Se me figura estarle oyendo aún la narración que nos hacía, en donde se sentía latir el pensamiento de un Cuvier en el corazón de un abate Fauchet... Un día que paseaba por los Campos Elíseos, encontró un amigo: era Mickiewitz, que una hora después debía subir á su tribuna del colegio de Francia, y que turbado por la gran misión á él encomendada de ser la voz de un pueblo, temblaba, desfallecía, buscaba, se daba golpes en la frente, sin encontrar nada, sin saber todavía lo que iba á decir. «Sí—le dijo Lamperiere - -usted no sabe... usted no encuentra...» Daba con su bastón en el suelo mojado y metiéndolo en un charco, añadió: «Barro, sí, es barro producido por la lluvia..., una gota de agua y un poco de polvo...» Mickiewitz le miraba, Lamperiere removía el agua del charco con su bastón. «Un poco de barro arriba, un poco de barro abajo,

pero más seco... una capa de tierra delgada como una hoja de papel... y después cantos rodados, luego limo, luego conchas de agua dulce, ostras de agua dulce pegadas unas á otras, el depósito de uno de esos grandes estanques que había en los antiguos períodos de la tierra, algo así como los grandes lagos de la América septentrional... Después esqueletos, restos de cuadrúpedos desconocidos, huesos de aves, cocodrilos, tortugas, troncos de palmeras petrificados en el silex... Sigue usted la dirección de mi bastón ¿no es eso? Vamos siempre... Después de esto, depósitos de un mar que se retiró, dejando impresiones obscuras de hojas y de tallos de vegetales, y seiscientas especies de conchas, después por debajo, un mar ha pasado, pero sin duda, un mar de agua dulce... Luego viene el gran productor de carbón del globo, la gran capa de madera fósil, bituminosa, mostrando todavía vestigios carbonosos de troncos, ramas y hojas, la textura leñosa y hasta la forma de los árboles enterrados..., son los bosques abrasados del mundo primitivo, de aquel primer suelo de creta y de conchas, que dejó descubierto un mar antediluviano... ¡Ah! me escucha usted... ¡Cómo! ¿excito su interés hablándole del barro?... Y usted tiene miedo y no sabe usted qué hacer para interesar á Francia con el duelo de una nación».

. . . . . .

. . . . . .

»Necesito todo eso, querido Chavannes; hay en mí no sé qué linfa, qué fibra blanda, algo, en fin, relajado. Necesito, como las personas gruesas, aire fresco, activo, un vientecillo seco. Me gusta para la salud de mi espíritu, como estímulo para mi trabajo, la excitación y el contacto de una sociedad inteligente, de agitadores de ideas. Si, tal vez en otro tiempo hubo gente bastante fuerte para encender en sí misma la fiebre de su obra; hombres verdaderos microcosmos, que lo llevaban todo consigo y cuyo fuego era divino, abrasador por sí mismo, sin que nada exterior le avivara ó le alimentase. Quizás aun hoy día encuentre usted algunos, bastante enérgicamente constituídos para bastarse, sostenerse, para crear solos y vivir en la soledad de algo grande.

»Pero no son de esos y esos no son de su siglo. Tenían una vitalidad que hemos perdido. Hay mil cosas en nuestra época que embotan la vida y el pensamiento. El cerebro se enfría como la tierra. Hay una incubación en el espíritu que no puede verificarse sino mediante el calor, la pelea y el contacto con otros espíritus. Ya sabe que no hay mejor abono que una batalla; pues bien, eso necesitamos: la batalla de las palabras y de las ideas, batalla de la inteligencia, lucha ardiente

del ingenio... Son ventanas abiertas de pronto en la cabeza, grandes resplandores, un fuego que nos embriaga, un cordial que nos da energías, algo de esos productos de Oriente que hacen hervir el cerebro y levanta la tapa del cráneo. Nuestra vida puede ser vulgar, agua estancada; pero la imaginación necesita corrientes que la sacudan, un ir y venir de opiniones, un choque de individualidades morales que se quebranten con ella. Mi primer libro es un soliloquio, querido amigo. Si un hombre de mi constitución y como la de muchos otros se encierra en su yo, se acoquina y se duerme. La atonía llega; algo que recuerda el quietismo, al éxtasis torpido de seres concentrados en la contemplación de su ombligo... Así, pues, la cabeza no puede vivir aislada. Admito excepciones, ciertos trabajos de memoria, ó de rompecabezas, como reconstituir la puntuación de un autor antiguo; pero fuera de eso para la expansión, la circulación, para mover las facultades creadoras y para la renovación de las excepciones, creo necesario en cuanto á la higiene de las ideas un régimen excitante, irritante; en una palabra, cierta borrachera del cerebro en compañía de buenos ingenios que dé al sistema moral del literato, la sacudida y el estímulo que da un exceso al sistema físico...

. . . . . .

¿Y las niñas?

Suyo y muy suyo siempre,

CARLOS DEMAILLY.»

XXX

»Otra vez yo, querido Chavannes, soy feliz y le escribo á usted.....

.....

.... Continúan nuestras comidas de los jueves. Creo que ya somos bastantes. Formamos ahora una pequeña sociedad, un muestrario casi completo del mundo intelectual. Si ocurriera un diluvio, un naufragio de la humanidad y el arca de Noé nos acogiera, habría con nosotros, con nuestra mesa, con que restaurar en el monte Ararat todo el escaparate de Michel Levy, la estantería de Beugniet y el cartel de la Opera.

»Nuestro novelista, que ha obtenido un nuevo éxito y de buen género, es un gran muchacho, maltrecho por la suerte, pero potente, temperamento de bronce capaz de soportarlo todo: veintisiete horas á caballo, ó siete meses de trabajo sin salir de su cuarto. Ojos azules, profundos, penetrantes, bigotes de Mantehou que se va á la guerra, voz fuerte, militar y aguda. Es un hombre que ha matado algo de sí mismo en la vida, una ilusión, un ensueño. Dentro de él rugen y bostezan la cólera y el hastío de algún vano asalto á un cielo. Su fría obervación, ahonda con descaro, y remangándose los brazos, al hombre hasta sus miserias: es como es el instrumento del cirujano que sonda el fondo de una llaga... Una herida antigua, amigo mío. Lo más extraño es que, á pesar de eso, la mayor propensión de su espíritu es hacia lo brillante; la púrpura, el sol, el oro. Es ante todo, un poeta, un forjador de fantasías inédito y admirable. Su libro, su hermoso libro es ¿lo creerá usted? una penitencia; ha querido poner su estilo á pan y agua y refrenar su fantasía, como las mujeres pletóricas que, temiendo sus tentaciones, se hacen sangrar.

»Tenemos también un pintor, que no nos expone nunca el dogma del colorido ni el papel humanitario de la tierra de Siena quemada. Es una figura por el estilo de la de Lamperiere, suave, comedida, simpática, triste, pero con esa tristeza que en ciertos hombres es como una música. Su voz está llena de caricias. Su mirada tiene la bondad y la pereza amistosa de los ojos de un perro en reposo. Grancey—nuestro pintor—es un hombre de 1830. Perteneció á la gran falanje en la época en que los artistas, pintores ó poetas, se alistaban bajo la misma bandera, vivían de las mismas victorias, de las mismas pasiones, á menudo bajo el

mismo techo, en un alianza armada y vigilante. Aquel tiempo se le ha quedado en el corazón, como el sol de Austerlitz en las pupilas de un inválido. Cuenta sus mil leyendas, su fábula histórica de un modo portentoso... Sabe usted esa hermosa página del general Foy, ese relato á paso de carga de las victorias de la República en que la Marsellesa alienta y todo vuela. La palabra de Grancey, tiene para los grandes días del romanticismo el mismo fuego, el mismo vuelo. Otras veces Grancey se confiesa y sonríe. Por ejemplo, sobre la corriente de los pensamientos, de la compartenidad, de las locuras infantiles y generosas, del ambiente de las cosas ridículas y grandes, y en fin, de la hermosa fiebre de entonces surge su historia de la otra noche. Era poco antes del estreno de *Marión Delorme*. Grancey escribe á un amigo estudiante de medicina en provincia; al amigo le parece triste el tono de la carta, cree que es un apuro de dinero, realiza lo poco que tiene, toma la diligencia y lleva algunos centenares de francos á Grancey. Grancey estaba por casualidad casi rico. Da gracias á su amigo y le lleva á comer á casa de su querida. Grancey amaba entonces á su querida, á los postres propone que su amigo les acompañe siempre, y hétenos al amigo almorzando y comiendo entre Grancey y su querida. Un día Grancey va á buscarle. Abre la puerta, va

á su cama y encuentra... un monstruo. El amigo se había afeitado la cabeza, las cejas, el bigote y la barba. Grancey le tiene por loco, le apura con preguntas y el amigo concluye por confesarle que se ha enamorado de su querida y que ha querido imposibilitarse para volverla á ver. Grancey le lleva á comer con ella; después de la comida, siendo el estreno de *Marión Delorme*, le lleva al teatro. El amigo estuvo á punto de hacer fracasar la obra. Cada vez que se volvía para imponer silencio á un clásico, la figura de aquel monstruo entusiasta, hacía desternillar de risa á todos los espectadores... ¿No es esta la nota de aquel tiempo, del cual Grancey guarda el luto y siente la nostalgia? Las ideas políticas de 1848 le volvían á infundir un poco de fiebre y de juventud. Cuando sucumbieron, volvió á caer aún más en el tedio, en la indiferencia, en la ociosidad de los pensamientos y de las aspiraciones. Es un ingenio simpático, fino, femenino, lleno de matices, discreto y tan exquisito, que una mujer no advirtió que Grancey era ingenioso más que al engañarle con uno de sus amigos. Su tristeza es apacible, casi serena, sin irritación, sin recriminaciones; no ha agriado nada de su carácter. Bajo su apariencia fría, tiene en su apretón de mano una efusión cálida y cordial. Es modesto; bulle poco, se ríe á media voz; caritativo sin dejarse engañar; le basta con hacer cosquillas á una ri-

diculez ó arañar una tontería para perdonarla.

Sin embargo, por mitigada que esté la melancolía de Grancey, se ve que si no le atosiga, le acompaña. El porvenir le inquieta, piensa en la vejez, en los años, en la enfermedad que puede padecer, en el trabajo que puede faltar... El otro día, hablando de uno de los nuestros, de un hombre de talento y honrado, muerto, sin domicilio, en una casa de huéspedes, recordando todos sus amigos á los que el siglo XIX no ha dado más asilo que el hospital ó la Morgue, Gerardo de Nerval ahorcado, Tony Johannot para cuyo entierro hubo que escotar entre los amigos y otros varios con los cuales hubo que hacer lo mismo, Grancey nos decía: «Sí, lo comprendo, he ganado de cinco mil á doce mil francos por año... Si hubiera ahorrado viviría en mi cuartito... Hubiera gastado quince sueldos por día... y ahora tendría algo... Ha sido mi falta...» Este *mea culpa* es el estribillo de su paciencia. «Ha sido mi falta—decía también cuando hablamos de los apetitos y de las ambiciones de nuestras almas—¿por qué no tomar un fin que esté al alcance de la mano? ¿Un deseo fácil de satisfacer? ¿Un ideal que se pueda agarrar? Ser coleccionados, por ejemplo, es una cosa magnífica para ser dichoso... Pero es preciso tener una vocación para saborear estos placeres .. ¡Ah! Las familias que van al campo el domingo y que ríen

tan á gusto, las envidio... Lo mismo que Corot que es un valiente que busca los toros finos y los encuentra. Esto le basta... Y en el amor, ¿qué de cosas no exigimos nosotros á la vida y á la mujer? Pedimos á nuestras queridas que sean honestas y pervertidas, que tengan todos los vicios y todas las virtudes, que tengan alas y sentidos... Somos todos unos locos... La rosa que es rosa, la alegría que es alegría, la mujer que es mujer, no son para nosotros. Tenemos una enfermedad de la cabeza. Los burgueses tienen razón.

»Los años del hombre han influído en el pintor, Esta paleta loca, triunfal, fulminante, cantante; esas figuras mitológicas que sonríen en un cielo de ámbar y de esmeralda; el baile de las diosas; las auroras del Olimpo; los dioses hermosos con sus cuerpos de color de marfil rosado; esa vida que estalla; esa vida alegre del desnudo y de la carne, ha palidecido en su paleta poco á poco. Una nube, un ligero cendal se ha extendido sobre esa paleta, antes ola de oro y ambrosía, antes apoyada en las claridades y alegrías de un techo de Lemoine, echando sobre la tela el sol y la risa de *Don Quijote* y de la *Novela Cómica*, la odisea del buen humor de España y de Francia. Como esa hora velada que entra sin ruido al morir el día en un taller, sombreando lentamente la pared, el brillo de los tontos, las claridades de los

objetos derramando una sombra ligera que acaricia la mirada y el pensamiento; y luego, apelotonando las sombras por todos lados, un crepúsculo de invierno ha extinguido todo ese ruido y todas esas apoteosis. Grancey ha abandonado la luz y el mediodía, por los cielos lívidos, las tierras sin color, los días pálidos, los mares desiertos, las aguas estancadas, las rocas tristes y las landas en donde la tarde se sienta como una esfinge. En ese teatro nocturno, misterioso y solitario de la naturaleza, el capricho enfermo y el negro desvarío de Grancey han evocado las apariciones de esas quimeras. Unas veces, ante un cielo de plomo, en un campo triste como una vieja corona de inmortales, bajo los árboles retorcidos como cables de alambre, adornados de hiedras marchitas por el otoño, ha puesto una figura blanca de una joven, sombra gris y mortecina que la luz alumbra por la espalda, dibujándola desde la cabeza á los pies con la línea de un nimbo pálido. Otras veces ha sido el temblor de un mundo sobrenatural, danzas de fuegos fátuos, bosques agitados por las escobas de las brujas que vuelan, ó almas caídas de las tentaciones de San Antonio sobre un techo, sentadas, con las piernas cruzadas como honrados sastres en su banco, mirando con los ojos fijos y redondos una Taglioni del tamaño de una uña que se agita en la niebla plateada de la luna.

»Dios me perdone; todavía no le he hablado á usted de nuestro comensal el más frecuente. Iba á olvidarle, iba á olvidar á Farjasse. Usted conoce la querella antigua entre el dinero y el ingenio, el duelo de Plutus y de Aristófanes, que es hoy una cuestión arreglada. Los testigos han cogido los sables de madera, se han ofrecido excusas unos á otros y se han marchado á almorzar. En los postres, el Dinero y el Ingenio se estimaban; se abrazaban como personas que sienten no ser más íntimos todavía, tanto, que se vió al levantarse de la mesa las personas de dinero con ingenio, y las personas de ingenio con dinero. Nuestro comensal es un bolsista. Es un guapo mozo de unos treinta y cinco años, fresco, limpio, atildado, pasado por todos los cepillos, por todos los útiles de acero, por todas las aguas de tocador de los ingleses, y que ha adoptado patillas y en el traje los colores sombríos de los paños escoceses. Nuestro hombre no se presenta hasta las tres. Hasta esa hora se está con el lápiz y un cuaderno de notas; hasta entonces no es más que una cifra asustada. A las tres reconoce á sus amigos; su pensamiento comienza á circular y el corazón le vuelve. Ve, sonríe, con la mirada de un hombre dichoso, cuya dicha es de los otros, de Dios, de los hombres, de la mujer que pasa. Hele allí hasta el día siguiente vuelto á su sér natural, dentro de su piel de hom-

bre de sociedad, alegre, inteligente, espiritual, aportando á nuestras comidas su parte de ideas, de palabras, de gracia gruesa, de alegría, una alegría de estudiante en vacaciones ó de marido que se ve libre, que le corre por todo el cuerpo, que le agita los brazos y las piernas, que le llena la boca de exclamaciones sordas de felicidad, de satisfacción, de un contento universal y desbordador; todo es para él bueno y hermoso, y le empuja á uno con el codo diciendo: ¿Eh?, para hacer confesar que el asado está en su punto y que hay que agradecer por ello á la Providencia.

»Es un mozo juicioso que gana en la Bolsa tranquila y seguramente de veinticinco á treinta mil francos al año, por medio de combinaciones que me ha explicado perfectamente, pero que no he comprendido.

»Los gasta en una casa alhajada á lo grande y en la biblioteca que constituye su mayor entusiasmo; su colección de libros modernos es de las más completas, pero los ejemplares que adquiere no son los que se venden ordinariamente, sino impresos en papel de Holanda y encuadernados en cordobán de Levante con filetes de oro. Es el único lujo que se ve en su casa; todo lo demás está dedicado al bienestar y á la comodidad. No hay dorados; los sillones son cómodos y se puede recostar en ellos blandamente; los platos no son mag-

níficos, pero las comidas son buenas y reconstituyentes; nada de vino de Constanza, un vino ordinario y bueno de los que calientan; en todo y por todo se nota en su casa la ciencia práctica de la vida; esa juiciosa economía de lo confortable, transportada por la gente de la Bolsa del *home* de Londres á la casa de París.

»Nuestra sociedad cuenta también con un músico, un gran músico, según me han dicho. Por lo menos él nunca toca el piano. Bressoré ha hecho dos ó tres óperas de las cuales he oído... el título. Hubiera oído lo demás, pero no hubiese adelantado gran cosa; ya sabe que en cuestión de oído soy una negación absoluta. Figúrese usted un hombre serio como un discurso en latín, impasible como la conciencia del sabio, de cuya boca salen inmensas bufonadas, sin que el mármol de su cara se emocione lo más mínimo; uno de esos seres que emplean en sus ataques un enorme genio cómico y una fantasía admirable de ironías, un ingenio furibundo, feroz, sin entrañas que discurrió, para librar á Farjasse de un convidado gorrón que se invitaba él mismo, ponerlo en los anuncios con su nombre y su dirección y debajo: *Se cede un parásito usado.* Tiene un odio, el tradicional, el odio del inquilino, del deudor, del artista. El odio por el *burgués*—una antigua palabra tan extensa como la del *bárbaro* entre los

griegos—que el implacable burlón trata sin piedad. Este demonio de hombre cuando atrapa alguno, lo desuella como un chino á uno de sus semejantes, poco á poco. Es como una represalia fría, razonada, metódica, maquiavélica de las ideas del burgués acerca del artista, de todas esas hostilidades secretas, de todos esos rencores sordos; un desquite de todo el placer, de todas las alegrías que le dan nuestras guerras intestinas, la revelación de nuestras miserias y la publicidad de nuestras pequeñeces.

. . . . . .

»Sí, somos un mundo indisciplinado. Somos murmuradores y burlones. Tenemos vicios, malos instintos, preocupaciones, vanidades, una llaga abierta. No tenemos catecismo, ni respeto, ni piedad en nuestras diversiones y de todo nos reímos. Sí, pero al fin y al cabo somos una raza grande y noble, una raza libre, salvaje, que se subleva contra la dominación, que no reconoce el derecho divino del dinero y que la moneda no ha domesticado todavía. No reconocemos ninguna religión positiva, pero tenemos nuestra religión especial, por la que luchamos, sufrimos y morimos: la conciencia del espíritu. La ironía, el insulto, la insolencia de la suerte, la impertinencia del éxito, las enemistades temibles, un trabajo de día y de noche, un trabajo de fiebre que agota, envejece y

mata, una vida sin descanso, la lucha, siempre la lucha; los males del cuerpo y la pereza del alma, la larga prueba, el martirio de un pensamiento que confiesa hasta la última de sus creencias espirituales; un oficio—el que menos dinero produce—nada nos importa y seguimos, continuamos, envejecidos antes de tiempo, la cabeza encanecida á los treinta años, biliosos y pálidos por las luces del quinqué, quemados por el café negro, agotados por la falta de sueño, gastados por los desórdenes del trabajo nocturno... ¡Ah! por atacar al papel nos hacemos nuestros huesos más viejos que los soldados que atacan bajo lluvia de plomo. Vamos con los ojos fijos en otro ideal. Unos caen, otros se cansan, sembramos de muertos y rezagados el camino y cerrando las filas alrededor de la enseña, no damos la espalda... Me avergüenza decir á usted, amigo mío, lo que vamos buscando: un vellocino de oro que tiene un nombre muy ridículo, es pura y sencillamente el ideal, «ese cuadro, como ha dicho Hoffman, que pintamos con nuestra sangre»; tan hermosa es la quimera que, todos los que desertan de ella y abandonan nuestra senda por caminos fáciles y convencionalismos y prostituciones del espíritu, sienten remordimientos de renegado. Se dicen y dicen á usted: Tenía cinco hijos que alimentar... Se excusan y, sin embargo, no pueden perdonarse.

Sí, no tenemos orden. No sabemos ahorrar para la vejez, ganar en la Bolsa y llenar la hucha. Pero conozco á muchos entre los nuestros y de los más pobres que, con el estómago vacío, han rehusado mucho dinero por no mancillar su conciencia, mutilar sus ideas y castrar sus frases... Sí, hay entre nuestra gente hombres que no se sonrojan nunca y cosas que causan sonrojo; hay escándalos, hay miserias vergonzosas; pero, amigo mío, lo que el mundo oculta, nuestra gente lo pone en solfa. Descubrimos todas nuestras pústulas, ahondamos los unos en la vida de los otros en nuestras cartas, en nuestras palabras, como se escudriña en el expediente de un ladrón. Todas nuestras villanías las exponemos á la luz del día. Id á saber en otras clases las miserias ocultas y secretas. Si nos creemos una familia enemiga, una república de envidias, nos destrozamos, nos devoramos, pero en el fondo, en esa contienda mano á mano por la gloria y la popularidad, en el estrecho terreno en que el mejor sitio, ocupado por uno, es muchas veces el pan arrebatado á otro, tenemos entusiasmos que brotan del pecho, consagramos éxitos que nos aplastan y saludamos como grandes hombres á nuestros camaradas. He visto envidias entre propietarios por una parcela de tierra. Pues bien; todas nuestras envidias no tienen nada de rabiosas al lado de esas.

Sí, nos calumniamos nosotros mismos, pero á pesar de todas las fanfarronadas de nuestro disfraz en nuestras sonrisas de viejos, con nuestros alardes de cinismo, tenemos pudor, sencillez, cortedad y virginidades de cortesana enamorada; amamos, cuando amamos, como colegiales. Detrás de la falsa vergüenza de las ilusiones, de la abnegación de todas las piedades sociales, tras de nuestras bravatas de cinismo, nuestras atroces paradojas, nuestros temas sin entrañas, hay mucho de que no hablamos nunca, madres socorridas, hermanas auxiliadas por el trabajo de nuestras noches, una familia á donde van misteriosamente nuestras caridades filiales... Pero vuelvo á ser extenso. Perdone usted, y adiós.

Carlos Demailly.

XXXI

Era el mismo gabinete de *Moulin-Rouge*, donde un mes antes Boisroger había presentado á Demailly. La comida terminaba; los mismos convidados hablaban tomando café.

—El sueño de Scipión—decía Remonville—¡el sueño de Scipión!, he aquí mi manual de esperanza, una hermosa meditación de la muerte...; el mejor ensueño forjado por un alma, la mejor plá-